



UN DIA DE EJECUTIVO

LEVANTARSE temprano, pegarse una ducha fría, despachar los rezos matinales, desayunarse con mermelada, coger el maletín; depositar un beso en la frente de la bella señora esposa, que responde con un mohín a tono con el salto de cama; agarrar el coche y dirigirse a la oficina con el pecho rebosante de agresividad comercial, esto es un rito neocapitalista que muchos ejecutivos cumplen cada mañana antes de estafar al primero que llega al despacho. Después de la primera estafa mañanera, el ejecutivo suele bajar a una cafetería con ficus y surtidores para tomar uno con leche corto de café. Allí, al pie de la barra, se rasca un par de veces los aledaños de la braguita, mirando con ojos brillantes y un rictus glorioso en la comisura a las zagalas-objeto, que acaban de comprarse unos pantis en los grandes almacenes; paga la consumición del subalterno y rápidamente se reincorpora al problema de unos laminados procedentes de Milán.

En el despacho tiene atascadas tres llamadas de teléfono; la secretaria ha tomado nota: que dice el señor Peraira da Silva que los materiales de cinc han llegado podridos a Oporto; que en la sucursal de Barcelona un empleado ha metido mano en la caja y se ha pulido cien mil pesetas para jugar una múltiple en las quinielas; que han dicho del Banco que el talón no es conforme. Pero el ejecutivo contrataca. Allí, sentado frente a su mesa, ha caído un pájaro que está resuelto a hacer un pedido a la empresa. El ejecutivo saca el whisky del armario de caoba, sirve un lingotazo con almendritas al encausado y, cuando el licor le tiene bien cocido el lado del cerebelo, donde reside el centro de las decisiones, logra meterle un puro de tal calibre que el director general se ve obligado a abrazarle emocionado sobre la moqueta.

Llega la hora del almuerzo de trabajo. El ejecutivo llama a Monique, y los dos en el Seat 124 desaparecen hacia un restorán de las afueras. Con regueldos de chuleta de Avila, lleva después a la amiga a un cine de la calle Carretas, que huele a colonia Tabú mezclada con salfumante; le echa unos pezcociones en el solomillo, le morrea la yugular y a las cinco ya tiene usted al ejecutivo listo otra vez al pie del despacho, para colaborar en lo que sea con el tercer plan de desarrollo.

VICENT



UNA HAMACA PARA EL INVASOR

El batido de gazpacho, Pelayos, Boabdiles y sacerdocios que es España, ya no es lo que era. Lógico, con tanto yanqui e indoamericano suelto por los caminos de la patria nuestra y usándola despiadadamente..., ya no es lo que era. Porque los pilares de la abnegación y las columnas de la continencia con que sosteníamos todo esto —me siento obligado a delatarlo— se han visto envueltos en un nefasto sabotaje. En efecto, nos están dejando en los huesos, porque por chupar, las jóvenes razas poscolombinas ya nos han chupado hasta las sustancias tradicionales más severas, como son la mortadela, la zarzuela, la expresión (antes se decía «echar un caliqueño» y ahora resulta que «se hace el amor»), la morería e incluso nuestra maravillosa y pertinaz pereza. Vamos, que nos dejaron en porretas. Sin qué llevarnos a la boca. Limpios.

Y esto no puede seguir así. Con tanto vampiro y tanto murciélagos tirando del dólar y esgrimiendo maracas

respectiva y constantemente no se puede vivir. Porque para quirópteros o chupadores con radar ya tenemos bastante con la graciosa mafia ejecutivamente ejecutiva. Eso por no hablar de las fuerzas ocultas, del oso moskovita y del «ABC» de las Américas, que también chupan lo suyo. (Bueno, el «ABC», no.) Que sí, que como no pongamos remedio nos dejan más desnutridos que a un feto. Eso en el mejor de los casos. Pero no hay tu tía. Mientras haya madre patria, por lo visto, habrá crías con abusiva tendencia a la succión.

Qué lástima, ¿verdad? Da pena ver a nuestra piel de toro convertida en hamaca y soportando la millonaria mendicidad de las que fueron colonias. Porque ya no somos lo que éramos. El premio nacional de Natalidad, la sangre licuada de San Pantaleón, la concienciación de Gibraltar, el señor Gich, La Latina, el roscón de reyes, etcétera, etcétera, etcétera, ya no son lo que eran. Quiá.

JIMMY CORSO

